2

CUADERNOS CULTURALES

Ensayista de nuestro tiempo

Baldomero Sanín Cano

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
Decanatura Cultural

© 2011, UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
Calle 12 n.º 1-17 Este, Bogotá
Tel. (57 1) 342 0288
www.uexternado.edu.co
publicaciones@uexternado.edu.co

ISSN 2145-9827

Primera edición: julio de 2011

Diseño de cubierta:
Departamento de Publicaciones
Composición: David Alba
Impresión y encuadernación:
Digiprint Editores EU
Tiraje de 1 a 1.000 ejemplares

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Cuadernos culturales n.º 2

Universidad
Externado de Colombia

Fernando Hinestrosa
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Contenido

Nota introductoria 11

De la estadística
B. Sanín Cano 13

El centauro de América:
gentes de Gachalá
B. Sanín Cano 17

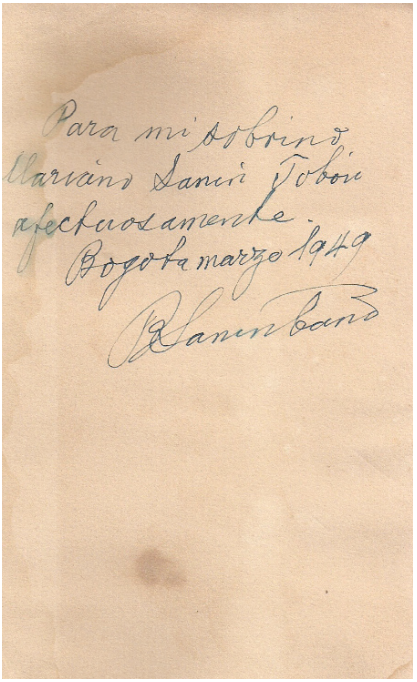
Un magistrado de ciencia y de letras:
Ricardo Hinestrosa Daza
B. Sanín Cano 27

Una hora de literatura
B. Sanín Cano 31

La perrilla
José Manuel Marroquín 35

Baldomero Sanín Cano:
espíritu de la crítica
Gonzalo Cataño 37

Libros de B. Sanín Cano
publicados por el Externado 53



NOTA BIOGRAFICA Y BIBLIOGRAFICA

Nacido en Ríonegro de Antioquia en 1861, el autor de este libro recibió de su familia hasta los once años las primeras bases del conocimiento. Estudió en el colegio de su ciudad natal y a los diecinueve años obtuvo el título de maestro de escuela superior (como entonces se llamaban los bachilleratos) en la normal de institutores de Ríonegro. Dirigió una escuela superior en Titiribí, el año de 1880. Sirvió por algunos años la cátedra de pedagogía en Medellín, en la escuela normal de institutoras.

Desde 1885 abandonó la enseñanza para dedicar su tiempo a otras actividades.

En 1905 tomó parte en la administración del general Reyes, primero como subsecretario de hacienda y luego como ministro del mismo despacho.

Completó su educación en Londres, adonde fue a residir en 1909, y donde vivió hasta 1923. Enseñó lengua y literatura españolas en la antigua, avanzada y austera Universidad de Edimburgo en 1919 y 1920. Representó en Londres, por ese mismo tiempo y durante tres años, a "La Nación", de Buenos Aires. De 1925 a 1931, con algunas interrupciones, hizo parte del cuerpo de redacción del mismo diario en la capital argentina. En este último año fue designado por la Sociedad de las Naciones miembro de la Comisión de Cooperación Intelectual, en cuyas sesiones estuvo presente en 1931, representando la América Latina.

El gobierno de Colombia le nombró en 1932 ministro diplomático para representarle en las repúblicas del Plata. Fue delegado colombiano al VIII Congreso Panamericano de Lima, y representante de su país en las sesiones de la Comisión de Cooperación Intelectual en Santiago de Chile en 1938. Ya había sido invitado en 1936 para asistir al Congreso de los Pen Clubs, una de cuyas sesiones hubo de presidir.

Ha publicado las siguientes obras:

Administración Reyes. Ginebra, 1909. *La civilización manual*. Buenos Aires, 1925. *Indagaciones e imágenes*. Bogotá, 1927. *Crítica y arte*. Bogotá, 1932. *Divagaciones filológicas y apólogos literarios*. Manizales, 1934. *Elementary Spanish Grammar*. En las prensas de la Universidad de Oxford, 1918.

Tradujo en español *Cervantes* de Fitzmaurice-Kelly y *Manual de historia de la literatura española*, del mismo autor. Buenos Aires, 1926.

Colaboró con trabajos literarios y filológicos en la *Modern English Review* de Londres y en algunos diarios ingleses. Hay trabajos suyos de varia índole en *Hispania*, revista mensual dirigida en Londres por Santiago Pérez Triana, de 1912 a 1916.

Los artículos que forman esta colección, dispuesta por la benevolencia del infatigable y experto cultor de la literatura y la historia americanas, proceden de la sección literaria de "El Tiempo" de Bogotá, el veterano y hospitalario propulsor de las ideas modernas en política, literatura y filosofía.

Nota introductoria

Este año 2011 se cumple el sesquicentenario del nacimiento del gran ensayista colombiano B. Sanín Cano. Nació en Rionegro (Antioquia) el 27 de junio de 1861 y murió en Bogotá el 12 de mayo de 1957, dos días después del derrocamiento del dictador Gustavo Rojas Pinilla. Estaba próximo a cumplir 96 años de edad. Estuvo desde un principio muy ligado a la suerte de la Universidad Externado. Lo unió una amistad de toda la vida con el jurista, estudiante de medicina y crítico de las artes y de la literatura, Ricardo Hinestrosa Daza. Ambos estuvieron al frente de la *Revista Contemporánea*, una notable publicación periódica que agitó el mundillo de la cultura nacional a principios del siglo xx, revista que el Externado rescató y puso de nuevo en circulación en elegante y sobria edición en 2006.

El presente *Cuaderno Cultural* ofrece una muestra de los diversos géneros cultivados por Sanín: la crónica, el relato literario, la crítica de la cultura y el registro de los sucesos de la vida cotidiana. En todos ellos se observa al escritor, al cultivador de la frase mesurada en busca de la claridad y de la adecuación de la palabra a la cuestión que se desea comunicar. Su escritura está animada por una ironía tenue que promueve la sonrisa y la inquietud en el lector.

Los cuatro trabajos compilados se dejan leer con deleite, holgura y regodeo: uno por la mañana, otro por la tarde y los restantes al día siguiente. *De la estadística* es un irónico repaso a los usos –engaños y falacias– de los números para describir la conducta humana. *El centauro de América*, un texto a medio camino entre la crónica y el relato fantástico, registra una experiencia de Sanín en la región del Guavio, el municipio de Gachalá, que Sanín visitaba con alguna frecuencia. Allí se encontraba la ancestral finca del padre de su esposa Josefina Piedrahita (1864-1929). *Un magistrado: Ricardo Hinestrosa Daza,* tercer rector del Externado, constituye un cálido homenaje al amigo y colega de lides literarias con ocasión de su jubilación y retiro de la Corte Suprema de Justicia. El cuento, *Una hora de literatura*, que viene acompañado de los versos de *La perrilla* del presidente José Manuel Marroquín, un complemento natural de la chispeante narración de Sanín, muestra lo mejor de su capacidad literaria. Durante los años treinta del ahora cada vez más lejano siglo xx, todos los colombianos declamaban y sabían algo del autor de la historia del escuálido lebrel que intentó cazar un jabalí. Hoy en día, sin embargo, la pieza de Marroquín es una curiosidad que sólo recuerdan los analistas más diligentes de las letras colombianas El folleto se cierra con un ensayo de Gonzalo Cataño, profesor de la Facultad de Ciencias Sociales del Externado, que ofrece una visión general del contenido y alcance de la obra de B. Sanín Cano.

De la estadística*

B. Sanín Cano

Mi amigo el profesor Tebas, de la Universidad de Sourdière, exponía el otro viernes, ante un auditorio *dilettante* y benévolo, sus convicciones sobre la estadística. "Es acaso –decía– la única ciencia que ha logrado reunir en sí los caracteres de disciplina mental y de aplicabilidad inmediata a las urgencias vitales. La geometría, por ejemplo, es una excelente disciplina científica. Aviva en el hombre el sentido de la lógica, afina nuestras capacidades deductivas y es una excelente preparación para más altas especulaciones. Nos enseña a abstraer de las figuras lo que hay permanente y esencial en sus relaciones. Sin embargo, saber geometría, aunque nuestro conocimiento de ella se extienda desde los elementos de la recta hasta los embolismos del más elevado análisis, hasta los cuévanos de la geometría proyectiva y de las funciones elípticas, no presupone una visión más clara de las cosas con que estamos en comunicación cotidiana y constante. Al revés, ser geómetra, como ser químico, supone una cierta inhabilidad y zurdera en presencia de la sociedad y de los

* B. Sanín Cano, *La civilización manual y otros ensayos*, Buenos Aires: Babel, 1925.

conflictos que suscita. No así la estadística –continuaba el doctor Tebas–. Por lo que hace a la amplitud de sus dominios, puede decirse que llega con las ciencias exactas hasta el punto en que ellas suelen confinar con la metafísica; pero sus conclusiones son de aplicación diaria a las cosas de la vida. Reduce a límites manejables lo infinitamente grande, y procede con sus medios de conocimiento a hacerle asequible a la imaginación humana lo infinitamente pequeño. Además, las matemáticas puras no sólo pueden inducir en engaño a las mentes poco versadas, sino que, dentro del rigor de sus deducciones, suelen conducir al absurdo. Usando de la falacia que envuelven los signos negativos en algunas expresiones radicales, pueden probarse, dentro de la inflexibilidad de los cálculos algébricos, que dos es igual a tres. No sucede lo mismo con la estadística". En este punto el profesor Tebas ya había abandonado el tono docente ordinario para asumir la entonación y los ademanes de la oratoria parlamentaria. "No sucede lo mismo con la estadística", repitió al cabo de unos instantes. "Para quien sabe leer las cifras, ellas difunden una luz astral sobre la esfera del conocimiento. Es preciso, sin embargo, saber leer las cifras estadísticas. Para usar de ellas importa disponer de muchos conocimientos laterales y poseer un cierto olfato moral, parecido a la segunda potencia del sentido común".

"Sin estos requisitos, las cifras o son mudas o no comunican otra cosa que datos falaces. Voy a poner un ejemplo. Las cifras estadísticas, en su absoluta desnudez, dicen que un parisiense se baña media vez por año. Tomando los números en su apariencia insomne, significarían para el inexperto que el parisiense se baña el lado derecho en los años pares y el izquierdo en los años impares, o, lo que sería a caso más racional, que en la ciudad *lumière*, se baña cada residente en un año determinado la parte anterior y en la siguiente la posterior del cuerpo. Todavía hay campo para otra interpretación equívoca. Un conocedor de la forma arbitraria en

que dividió el legislador Manu los varios conductos del cuerpo humano que se manifiestan al exterior, dirían que en un año el parisiense se bañaba la parte inferior del cuerpo y dejaba para el siguiente el cuidado de los orificios puros. No es nada de esto lo que las cifras estadísticas enseñan. Ellas dicen, con su lenguaje a un tiempo mudo y elocuente, que el parisiense se baña una vez cada dos años". En una pequeña pausa, como las que suelen, por razones de elegancia, introducir en sus arengas los oradores hábiles, preguntó uno de los oyentes: "Y ¿qué hacen el resto del tiempo?". "La estadística no lo dice –replicó el profesor–, pero es posible que lo gasten secándose".

En este punto me atreví a observarle, introduciendo mis palabras con toda clase de reservas, que era tal vez exagerada y aun injusta la conclusión de la estadística para con los parisienses. Cité el caso de un amigo mío que se bañaba con seguridad una vez al mes, tuviera o no necesidad de hacerlo, y añadí el dato de que, según mi amigo, había varias personas en cierta clase social que extremaban sus hábitos de pulcritud en esa forma estricta. A lo cual replicó el profesor que esta saludable costumbre no alteraba la verdad de los números, pues era notorio, en cambio, que muchos parisienses no se acordaban de repetir las abluciones después de haberlas hecho contra su voluntad en la fuente bautismal. "Y –continuó el profesor–, como las cifras estadísticas no son más que un promedio, es necesario convenir en que el número de los que no se bañan ni siquiera una vez cada dos años es harto considerable.

"Podría –añadió en seguida– ofrecerles otro ejemplo igualmente característico para señalar la cautela con que debemos aceptar los números que nos da la estadística. En el año de 1909, el número de gentes que volaron en aeroplano alcanzó a 72. En el año siguiente ascendieron a 300, y en este de 1913 es posible que pasen de 20.000. Si desarrollamos la serie matemática en la

forma que nos ofrecen estos cuatro años, puede asegurarse que dentro de diez años todo el género humano habrá volado en aeroplano". "¿Y traerán a una contra su voluntad a subir a esos aparatos?", preguntó una señora apretando con ambos brazos la parte inferior de la falda. "No –dijo el profesor–, siempre habrá muchos que no suben nunca, pero habrá otros que suben tantas veces como días trae el almanaque. Eso dará un promedio de una vez por año para todos los habitantes del planeta".

La observación pareció calmar las inquietudes del auditorio, y el profesor, seguro de haber convencido a sus oyentes iba a continuar, cuando uno de ellos suscitó la cuestión melancólica, de los accidentes callejeros debidos al tráfico de automóviles y de otros vehículos movidos por gasolina. "En el año de 1908 –dijo el disidente– las muertes causadas por estos vehículos no pasaron de cuatro en Londres. En 1913 ya habrán llegado a 500. Como en el caso de la aviación, si sigue creciendo la proporción en esta forma, la ciudad será destruida en el curso de algunos años. Y aquí no cabe la excepción consoladora del señor profesor, sobre que una persona podría volar en aeroplano muchas veces al año, pues es constante que un mismo individuo, aunque lo deseara, no podría morir más que una vez, en un solo año o en más de uno, de accidente callejero ni de ningún otro género de muerte. De modo que este ejemplo no puede, como el anterior, ofrecer compensaciones para sacar el promedio, y hemos de ver que en unos quince años se dará el caso de que han volado en aeroplano todos los habitantes del planeta, según un promedio; pero habrán sido triturados individualmente, y sin lugar a promedio, por los motores de gasolina, en el mismo espacio de tiempo".

El centauro de América: gentes de Gachalá*

B. Sanín Cano

Al oriente de Bogotá, en las faldas de los Andes, compuesta de valles estrechos, de raras mesetas y planos inclinados donde la edificación de habitaciones para el hombre es casi una temeridad, y las labores agrícolas un problema de mecánica asaz complicado, se extiende, o, mejor dicho, se encoge una región extraordinaria, que, a pesar de hallarse tan sólo a cincuenta o sesenta kilómetros de la capital, dista de ella tanto como La Paz de Buenos Aires. Para llegar al corazón de la comarca nombrada, o sea la ciudad de Gachalá, el viajero necesita emplear tres días de su vida, en un esfuerzo continuo dividido entre él y su cabalgadura. Es una provincia aislada de la vida nacional por la falta de caminos y sustraída al contacto con el mundo por esa y por otras causas de más suposición.

La vida es allí intensísima en algunos de sus aspectos, y rudimentaria en la mayor parte de ellos. El hombre, en lucha diaria con la naturaleza y con sus semejantes, se ve forzado a

* *Universidad,* segunda época, n.º 44, Bogotá, agosto 27, pp. 223-226.

desenvolver paralelamente todas sus facultades, a cada instante solicitadas por las más urgentes necesidades de la existencia. Es imposible especializarse: cada individuo es agricultor, mecánico, abogado, médico agrimensor, veterinario, ocasionalmente maestro de escuela, y fontanero en las grandes secas o en las tremendas inundaciones a que la región suele estar expuesta. En las grandes ciudades el hombre está espiado por sus semejantes, y en ocasiones tiene que espiarlos muy de cerca y con aguda atención, para no sucumbir en la lucha diaria. Allí, en el campo, el trabajo de espionaje se extiende también a la naturaleza. Si no se espía cuidadosamente esa planta rastrera llamada calabaza o zapallo, sus sarmientos se extienden con una rapidez increíble; se allegan a los muros de la casa y, sirviendo de apoyo a los tallos numerosos y de varia dirección, suben con ellos por las paredes al techo, donde se difunden presurosamente, al paso o que otros, penetrando por las ventanas, han llegado al interior de la habitación y se explayan por dondequiera que hay luz, en busca de humedad y de apoyo. Dejada a sí misma esa planta rastrera destruye en pocas semanas la casa del hombre. La grama de los caminos cubre en pocos días la huella que dejan el hombre y las bestias transitando por ellos. Y el grande, el inconciliable enemigo del género humano, que es, en estas comarcas, el helecho, cubre rápidamente las veredas y borra los senderos, si llega a faltar el tráfico tan sólo por unos días.

En las épocas de lluvia el torrente cristalino que embellecía a su paso el plano inclinado de los pastales, se convierte en río caudaloso de aguas turbulentas y arrolladoras, ante las cuales se detiene el viajero que antes pasaba sobre ellas a pie enjuto. Los ríos, al aumentar su caudal con el agua de las lluvias, no se extienden, porque la naturaleza los ha encerrado entre muros de granito, contra los cuales se estrellan atronando las selvas, socavando las rocas por sus cimientos para hacerlas rodar al

abismo, y proclamando la fuerza y la libertad con estrépito de olas y coronas de espumas. Por dondequiera la naturaleza acecha al hombre y le señala sus limitaciones, lo exhalado de su destino y la necesidad de estar alerta en todas direcciones para no sucumbir en el diario conflicto. Tiene un servidor y un aliado, sin el cual la vida sería un tormento o un imposible. Los historiadores de América han estado acordes en afirmar que sin el caballo habría sido imposible la conquista y mucho más tardía la obra de colonización. En el segundo cuarto del siglo xx la vida sin el caballo es una imposibilidad física y metafísica para el hombre, colocado por un mandato inexorable del destino en la región oriental de Colombia.

Sin embargo, con todas la asechanzas a que está expuesto en estas comarcas el titulado rey de la naturaleza, su espíritu, en vez de encogerse y oscurecerse, se expande y se ilumina. Hay allí menos analfabetas que en otras regiones de la República. El libro no es absolutamente desconocido. Como el hombre no puede especializarse, tiene su inteligencia abierta a todos los vientos del espíritu. Cuando la naturaleza o los otros hombres le dan treguas, busca en el libro compañía y sosiego. Lee con candor y no es muy exigente en la escogencia, porque las librerías no existen y las bibliotecas circulantes son un producto de aglomeraciones humanas, en principio de disolución cerebral. Toma hoy un volumen de un semanario publicado en Londres a principios del siglo pasado, en lengua española, para distribuir desde la capital inglesa nociones de libertad y conocimientos útiles a la América, en lucha por la libertad. Otro día, en una posada inverosímil, colocada sobre un picacho que le hace fieros al abismo, cae en sus manos una edición con láminas, ya bastante fatigada, de *La isla del tesoro*, de Stevenson, en un castellano tolerable. Y cambiando de constelaciones y de compañía, ya da en una siesta con

un tratado de medicina doméstica o un texto de geometría descriptiva, un volumen de historia natural, una colección de discursos de Donoso Cortés o una revista de medicina. Todos son bien venidos. Leer es una necesidad. Adquirir ideas, cada día, un ejercicio espiritual, semejante al masaje del cuerpo, al cual es preciso entregarse con regularidad y frecuencia, para que la mente no se anquisole. Así, el extranjero, el hombre de la capital, que visita esas regiones por curiosidad o llevado por los negocios o la ciencia, no puede menos de experimentar gran sorpresa al ponerse en contacto con algunos hombres que las habitan hace tiempo y no han tenido nunca comunicación o la han perdido con el resto del mundo. Poseen los tales una variedad de conocimientos y exponen su saber con una frescura que asombra y deleita. Lo mismo hablan de las costumbres de los insectos que de las enfermedades del caballo o de las campañas napoleónicas, y su saber, aunque inmetódico y lleno de lagunas, tiene la fascinación del candor y la frescura de la lección recién aprendida.

En cierta ocasión no muy lejana vino a la región un europeo fatigado de la vida artificiosa y rutinera de las grandes ciudades, con ánimo de establecerse en esa comarca paradisíaca y reposarse y hacer penitencia de haber sido un supercivilizado. Tomó una casa de hacienda, capaz para una compañía de húsares, de cuartos grandes, altos, de paredes blancas y ventanas espaciosas a oriente y occidente, por las cuales penetraba durante el día el sol benigno, fecundante, suave como un abrazo de la mujer amada en las horas matinales, ardiente, en las horas postmeridianas, como los deseos ilícitos. Quiso adornarla a su manera. Y para apaciguar un tanto el blanco reverberante de las paredes en el interior de los cuartos estaba colgando grabados de cuidadosa hechura, respresentativos de obras maestras de la pintura alemana y suiza del siglo pasado.

En el momento en que miraba a distancia conveniente un cuadro de Böcklin[1] que acababa de suspender en la mitad de un muro, un hombre del campo, vestido sin arreglo a las modas, pero con la amplitud que exigen la temperatura y la sequedad de la región, ponía también sus ojos en la bella y curiosa estampa. Jamás había visto grabado tan grande ni ejecutado con tan exquisita maestría. El grabado era aquella fastuosa creación de un paisaje y una criatura imaginarios, revestidos por el artista suizo con todas las apariencias de una realidad cotidiana. Representaba un centauro detenido por una lesión del casco de la mano derecha en el taller de un herrador foráneo, en busca de remedio para el molesto accidente. La pintura es de tan incomparable efecto, que la fábula se desvanece entre los resplandores de la realidad. En las ancas, rigurosamente semiesféricas, el blanco y un color leonado juegan admirablemente, bajo la luz solar, con los tonos desvanecidos del resto del cuerpo, que queda a la sombra del miserable techo del taller. La parte humana del centauro inclina la cabeza para enseñarle al herrador en el casco, puesto sobre el yunque, la grieta que allí se ha formado. El antebrazo del animal biforme, extendido a medias, hace un gesto inteligente de molestia de poco momento, pero que necesita inmediata atención. En la cara del centauro, copiosamente cubierta de barbas y cabellos, hay una expresión profundamente humana que trata de captarse la simpatía del herrador, el cual mira sin sombra de maravilla la cara y el callo del centauro, como si se tratara de una bestia de tiro o de silla, cualquiera. A la izquierda del cuadro, dos mujeres,

1 Arnold Böcklin (1827-1901). Pintor suizo de la escuela simbolista. Reproducciones de su obra maestra, *La isla de los muertos,* han recorrido los cinco continentes. [Nota de G. Cataño]

una de ellas con un niño en brazos, miran al centauro con curiosidad un tanto desdeñosa, pero sin asombro. Parece que estuvieran acostumbradas al espectáculo. Visten de negro; el pintor ha usado de ese recurso de artista para hacer resaltar el rayo de luz blanca africana que se deja ver por entre las patas delanteras del centauro y los broncos postes de madera en que descansa la humilde techumbre del obrador, rayo que ilumina la llanura sin árboles ni yerba y la blanca ciudad, perceptible a lo lejos, y hacia la cual se dirige, sin duda, el centauro en su incierto itinerario. No hay en el cuadro detalle ocioso. Quien lo mira despacio halla plausibles las formas y la consulta del centauro, la figura desprevenida y tanto estólida del herrador, la mirada curiosa de las mujeres y la desazón del bruto. El cuadro deja de ser mitológico para convertirse en una escena de la vida real. Tal fue, sin duda, la voluntad del pintor suizo, para el cual las criaturas de la imaginación helénica llegaron a tener existencia verdadera y puntual.

El extranjero, complacido tal vez con la impresión que el cuadro producía sobre las capacidades artísticas y la reflexión del hombre de campo, le pidió su opinión sobre las formas del "caballo".

–No es un caballo, dijo el campesino, es un centauro.

–¿Conoce usted el género?, preguntó con sorna el forastero.

–Sí, le he visto en las llanuras del Apure.

–¿Pintado como éste, o vivo?, insinuó el europeo sin abandonar el tono de guasa.

–Vivo, señor, y overo como ese, dijo el hombre del campo con tranquilidad y como si dijera la cosa más ordinaria del mundo.

Como sucede siempre, el humorista de ocasión empezó a figurarse que su presunta víctima le tomaba a su turno el

pelo. Rió con aire de superioridad y le dijo, siempre en tono de mofa:

–¿Estaba colgado su centauro del Apure en el interior de las habitaciones o en el patio de la casa?

–No, dijo el observador desprevenido; andaba por los campos como el de este grabado.

–¿Es tal cosa posible?

–La vida, insinuó el campesino, es en estas regiones más rica en formas y en combinaciones que la de las ciudades populosas de donde usted viene. Allá la regla es la rutina. Aquí lo ordinario es el accidente, lo imprevisto. Si usted pretende aplicar el criterio usual de las academias, congresos y cónclaves en la observación y explicación de los fenómenos vitales en estas regiones, saltará de una confusión inextricable a un error sustancial. Si desea entender la naturaleza de estas latitudes, tiene que desprenderse de sus hábitos mentales y acercarse a la vida con perfecto candor y sin prejuicios.

De la actitud burlona el extranjero pasaba rápidamente al asombro, y casi rogando:

–Hágame usted conocer, dijo, el nacimiento y las costumbres de esa criatura.

–Nació como nacen los hombres y como nacen los caballos, dijo el hombre de la región. Eran un caballo y un hombre a quien la vida y las circunstancias vinieron a reunir en un solo individuo. Facundo Leal, vaquero de profesión, tenía un caballo overo, de singular inteligencia y abnegación. Conocía la bestia al amo como un amigo a otro, e interpretaba sus palabras y gestos con rapidez y cariño manifiesto. Leal vivía la mayor parte del tiempo a lomo de su cabalgadura. En esas regiones sin árboles ni habitaciones, donde la criatura humana pierde la noción de la personalidad y se confunde con los átomos de polvo que el viento lleva a su talante, la

comunidad entre el hombre y el caballo es más íntima que entre dos semejantes que habitan bajo un mismo techo en las ciudades populosas. Leal comía, bebía, se entregaba a sus deliquios de hombre solitario, sentado en su caballo; las pocas horas que consagraba al sueño en aquella vida de sorpresas y afanes, las dormía sobre el bruto amigo, que al sentir la languidez de músculos del amo, se hacía a un lado de la senda y suspendía la marcha. Facundo Leal no usaba más vestido que unas bragas de algodón, delgadas, de escaso peso. Con tanto usarlas a caballo, el tejido se deshizo. Como no usaba silla, en semanas y semanas la piel se desprendió del cuerpo y se formó una herida en toda la superfície del cuerpo humano que estaba en contacto inmediato con la piel del caballo, la cual, con el peso y las angulosidades y durezas musculares y óseas del jinete, también se había ulcerado. La naturaleza, obrando de por sí, curó lentamente las dos heridas, y los cuerpos, al sanar, quedaron unidos.

Sonrió el extranjero, haciendo a un mismo tiempo la consabida mueca de superioridad. Tal cosa le parecía una invención burdamente zurcida, y lo dijo sin atenuaciones verbales, ni de gesto.

El hombre del campo le preguntó con la mayor seriedad:

–¿Ha leído usted algo sobre las revelaciones que en el problema de la vida han hecho los que investigan la función de las secreciones internas de ciertas glándulas?

–Sin duda. Mas no comprendo la ilación...

–Es accidental, como todo en este mundo.

El campesino sacó de un bolsillo del saco un número de una revista extranjera, muy ajado y muy sucio, y leyó con voz mesurada: "Forschbach unió suturando a dos perros; es el experimento bien conocido actualmente, después de

los trabajos de Sauerbruch[2] y Mopurgo, con el nombre de parabiosis[3]. Si los dos animales sobreviven por algún tiempo después de la operación, se establece entonces una circulación común, hay un intercambio de sangre entre los dos socios parabióticos".

–El estilo no es elegante, dijo el natural de la región; pero no peca por falta de claridad. Facundo Leal y su caballo eran un caso excepcional y absurdo de parabiosis. Mas, como le he dicho, si no está usted preparado para topar con el absurdo a cada momento en estas montañas, cuya formación misma es de un confuso enunciado, vale más que se abstenga de observar y sacar deducciones.

Calló el extranjero unos instantes, bajo la presión de la atmósfera espiritual creada por el campesino, y al fin inquirió, por decir algo:

–¿Tuvo hijos el centauro?¿Eran hombres, o caballos, o centauros?

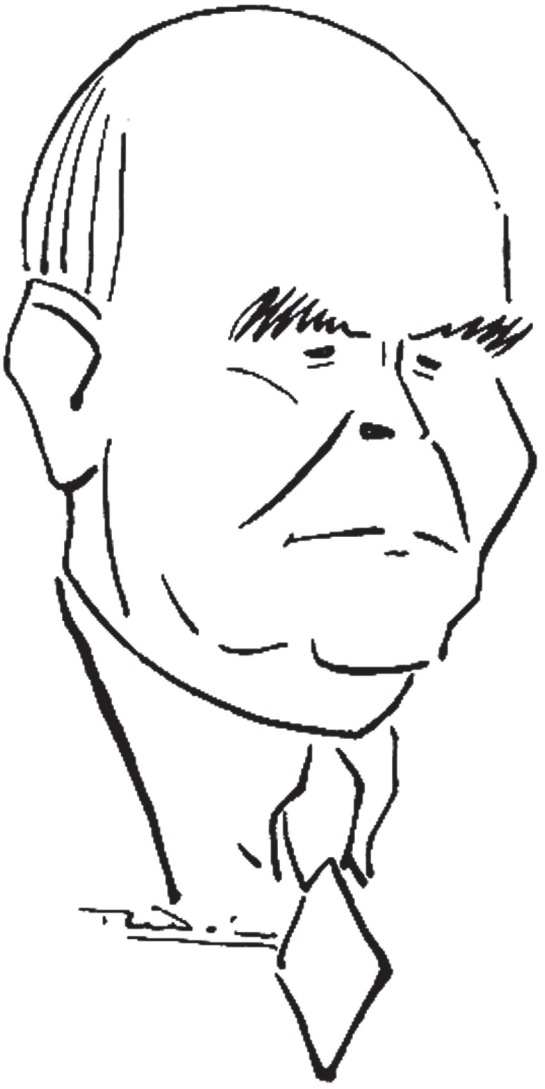
–Tuvo setenta y dos hijos, hombres todos, por desgracia para ellos. Las modificaciones artificiales de estructura o los caracteres adquiridos no se transmiten por herencia, según Darwin, Weismann y Mendel[4].

---

2 Ferdinand Sauerbruch (1875-1951), famoso cirujano alemán. [Nota de G. Cataño]

3 Unión anatómica y fisiológica de dos organismos (ej. siameses). [Nota de G. Cataño]

4 Charles Darwin (1809-1882), naturalista inglés, autor de *El origen de las especies*. August Weismann (1834-1914), biólogo alemán; autor de notables trabajos sobre la herencia. Georg Mendel (1822-1884), monje agustino; uno de los padres de la genética moderna. [Nota de G. Cataño]



Caricatura realizada por el maestro Ricardo Rendón

Un magistrado de ciencia y de letras: Ricardo Hinestrosa Daza*

B. Sanín Cano

El doctor Ricardo Hinestrosa Daza, cuya separación de la Corte Suprema de Justicia ha causado motivada impresión en los círculos de doctos juristas y en los consejos de la política, es además de un hombre de leyes y de magistral criterio en ese orden de consideraciones, un distinguido hombre de letras por sus conocimientos universales en la literatura y por su amor intelectual a la palabra justa y a la frase compuesta en honor de la verdad y la belleza. Nos recuerda a aquellos jurisconsultos ingleses que a la par de su conocimiento de la ley y del derecho, eran peritos respetables en el mérito literario de obras y autores en varias lenguas antiguas y modernas.

Pocas personas saben, por otra parte, que Hinestrosa Daza, después de haber completado satisfactoriamente para sí y para los profesores de la facultad los estudios de medicina, resolvió, consultando su delicada sensibilidad y sus anhelos de conocimiento y de servicio a la patria y a sus

* *El Tiempo*, Bogotá, julio 29 de 1950.

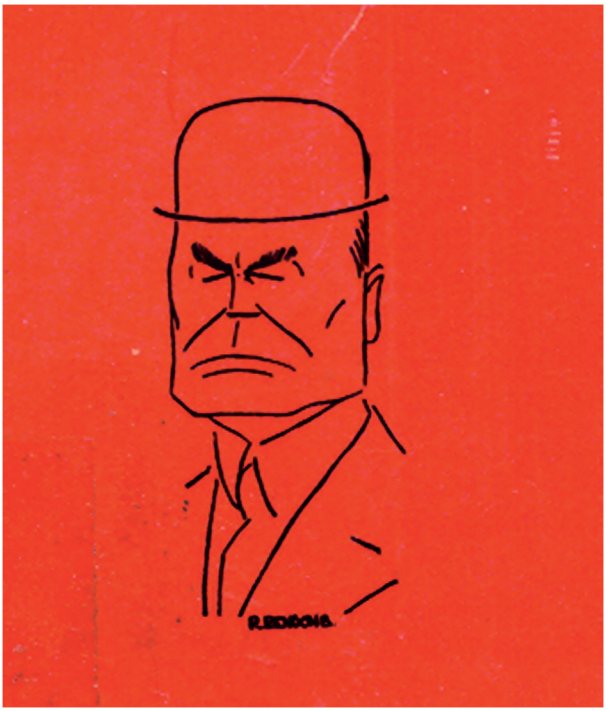
conciudadanos, dedicarse a la carrera del derecho. Es docto y doctor en dos ilustres carreras. Después de haber difundido su capacidad de saber en los secretos del cuerpo del hombre y de las apariencias vitales, quiso completar sus nociones sobre el problema de la existencia tratando de dominar aquella disciplina que nos explica las relaciones del hombre con el sentido de la justicia.

Sería una combinación de conocimientos aconsejable en todo caso, si no fuera porque las ciencias han progresado y se han extendido de tal manera que la vida humana es corta para dominar una estrecha y sistemática especialidad. Pero en Hinestrosa Daza el saber detallado y responsable de la anatomía y la fisiología le ha servido para aquilatar sus conocimientos en otras esferas de la inteligencia.

Además, como hemos dicho, su saber se ha prolongado hacia las letras humanas con gran provecho para su dominio de las leyes que rigen las relaciones de hombre a hombre y de estos con el Estado. Hinestrosa Daza, dueño de una memoria lúcida, tenaz y obediente al llamado y a las órdenes de su feliz y disciplinada inteligencia, conoce cuatro o cinco lenguas, algunas de ellas con sus literaturas. En un tiempo en que el interés por el estudio de las letras hacía de Bogotá un centro literario de que se preocupaban maestros de otras naciones, Hinestrosa Daza difundía su buen gusto y su saber en materias de arte y de literatura en periódicos de la capital y en algunas revistas de cuya fundación y vida fue elemento característico. No fueron solamente las letras objeto de su cultivo apasionado. Ama y amó las artes con entusiasmo de joven y serenidad de hombre maduro. Ni la música ni la pintura le eran indiferentes, y en esta última fascinadora disciplina tiene cosas de provecho que decir, lo mismo sobre los primitivos que sobre los impresionistas. Dedicado durante muchos años a cavilar

sobre el sentido de la ley y las pretensiones de los litigantes, ya nadie sabe de las disciplinas en que el doctor Hinestrosa tenía y tiene cosas importantes que poner en claro.

Aparentemente severo y retraído, es hombre dotado especialmente por la naturaleza para hacerse agradable en la sociedad de sus receptivos camaradas. Ha visto pasar en torbellino tres generaciones y en todas ellas tuvo fieles y apasionados amigos. Fue contemporáneo de José Camacho Carrizosa, de Carlos Arturo Torres, de Laureano García Ortiz, y en esa generación cultivó con gran decoro el afecto de muchos amigos. Perteneció también a la época de Diego Uribe, de Julio Flórez, con entusiasmo de joven y admiración sincera. Fue apasionado amigo de Guillermo Valencia, de Víctor Londoño, de Pachito González, y conserva intacto su corazón, fidelidad y bondad inagotables para algunos sobrevivientes de aquellas épocas. En todas ellas fue con dignidad y sin afectación leal a la patria, a su partido, a los amigos, al deber y a sus afectos familiares.



Caricatura realizada por el maestro Ricardo Rendón

Una hora de literatura*

B. Sanín Cano

En una aldea de clima suave y húmedo: temperatura media veintinueve grados; vientos fríos por la noche, procedentes de tierras altas y lejanas, muy a menudo invisibles a causa de las nubes bajas. El pueblecito se llama San Mamerto a causa de haber sido propietario del terreno donde están ubicadas la calle única, la escuela, la iglesia y dos docenas de casas, un señor Mamerto Guillén, muerto hace cincuenta años.

La escuela es un local de dos piezas: una espaciosa donde caben veinte escaños y una desairada plataforma para el maestro; otra más pequeña donde guardan los niños el sombrero, si lo tienen, y el maestro algunos útiles de enseñanza. La sala grande tiene tres ventanas que dan a la calle y dos grandes puertas sobre un amplio corredor limitado por el patio, donde hay dos almendros, un árbol de caucho, algunas higuerillas y maleza invasora. De la calle alcanzan a ver los transeúntes que pasan por la acera al maestro en su plataforma y a los niños

* B. Sanín Cano, *Tipos, obras, ideas*, Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2001.

en los duros e inelegantes escaños con que los ha obsequiado el vecindario.

Frente a la escuela, al otro lado de la calle, hay una charca de algunos metros cuadrados que en la estación seca se reduce considerablemente, y durante las lluvias se extiende hasta la mitad de la calle. Allí suelen acudir los patos y gansos de la vecindad a recrearse bajo las miradas prevenidas y los guiños amenazantes de un cerdo consentido por las autoridades.

Son las dos de la tarde y los niños empiezan a entrar a la escuela bajo un sol canicular que agosta las calabaceras del otro lado de la calle. El maestro Calixto Penagos ha escrito varias veces a las autoridades competentes para encarecer la necesidad de que se cambien las horas de clase. Según él se debía pedir la asistencia de los niños de cuatro a seis de la tarde. Entre las dos y las cuatro el calor impide toda labor de la mente. Además esos chicos sentados en escaños, recibiendo en oleadas voluminosas la luz del sol y el calor de la calle sobre los rostros insofisticados, no pueden concentrar la atención en nada y acaban por dormirse, no obstante la voz clara y penetrante del maestro.

Es viernes. A las dos de la tarde de este día el maestro enseña, como él dice, "un poco de literatura colombiana". Han venido casi todos los niños. El señor Penagos monta a la plataforma. Pone los codos sobre una mesa después de haberse sentado, pide atención muy ceremoniosamente, y en un gran silencio intimidante empiezan las interrogaciones:

– A ver, Alberto, dice, ¿quién escribió *La Perrilla*?

– No sé, maestro, confiesa desembarazadamente Alberto.

– Póngase de pies. Tengo dicho que no me digan maestro, sino señor Penagos.

Hay un silencio más impresionante que el de principios de la clase. Alberto permanece de pies unos instantes pero

la actitud sobre los talones no lo ilumina. No añade palabra. Su ignorancia queda confirmada y, por orden del maestro, se sienta.

– A ver, dice Penagos, usted, Abraham, póngase en pie y diga quién escribió *La Perrilla.*

El niño se levanta, mira a todos lados, se ruboriza como una vestal, y acepta doloridamente que él tampoco sabe.

Con mucha paciencia el maestro da orden de que se siente y continúa:

– A ver, Antonio, Antonio Avellaneda, levántese y diga usted, que es un alumno juicioso y atento, quién escribió *La Perrilla.*

Antonio se pone rojo como una guinda. A poco empieza a llorar y entre sollozos dice entrecortadamente:

– ¡Yo no fui, señor Penagos!, y continúa sollozando.

En ese momento, como la aldea es tan pequeña, pasa frente a las ventanas de la escuela Pablo Avellaneda, ebanista, padre del niño Antonio, y por el timbre de la voz reconoce que los sollozos son de su descendiente. Se asoma a la ventana, pide permiso para entrar, penetra en el salón, saluda al maestro. Quiere enterarse. El maestro informa:

– Le pregunté a este niño quién escribió *La Perrilla*, y entre lágrimas y congojas me responde que no fue él quien la escribió. El ebanista toma la palabra:

– Señor Penagos, dice. Nosotros, aunque humildes, somos gentes de ley y abnegados. Este niño ha aprendido en su casa a respetar la verdad con entendimiento. Si él dice que no ha escrito *La Perrilla*, debe usted creerle. Es lo pundonoroso.

Con gesto de superioridad, el maestro asintió y el ebanista retiró su cuerpo de aquel asilo de la niñez estudioso.

En ese momento, entró a la escuela el inspector escolar. Notó que había un ambiente de poca serenidad y preguntó

que había venido a hacer el ebanista con quien se había tropezado en la puerta.

Con una paciencia sublime el maestro dijo:

– Le pregunté a Antonio Avellaneda quién había escrito *La Perrilla*. Se puso a llorar y dijo que él no había sido. Entró por casualidad su padre y me aseguró que el niño había sido educado en el respeto a la verdad y no decía mentiras, que si su hijo decía que él no había escrito *La Perrilla* era menester creerle.

El inspector, por su parte, tenía algo que observar, y muy solemnemente dijo en voz baja para conocimiento del maestro tan solamente:

– Señor Penagos: conozco al ebanista y a toda su familia y recuerdo la vida y obras de su padre y abuelo. Son todos unos embusteros. Si el niño Avellaneda dice que no escribió *La Perrilla,* se puede asegurar con toda certidumbre que fue él quien lo hizo. A mí por lo menos no me queda duda.

El maestro suspendió la clase y les dio a los niños quince minutos de recreo, antes de la hora destinada a la aritmética.

La perrilla*

José Manuel Marroquín

Es flaca sobremanera
Toda la humana previsión,
Pues en más de una ocasión
Sale lo que no se espera.

Salió al campo una mañana
Un experto cazador,
El más hábil y el mejor
Alumno que tuvo Diana.

Seguíale gran cuadrilla
De ejercitados monteros,
De ojeadores, ballesteros
Y de mozos de traílla.

Van todos apercibidos
De las armas necesarias
Y llevan de castas varias
Perros diestros y atrevidos,

Caballos de noble raza,
Cornetas de monte, en fin,
Cuanto exige Moratín
En su poema *La Caza*.

Levantan pronto una pieza,
Un jabalí corpulento,
Que huye veloz, rabo al viento,
Y rompiendo la maleza;

Todos siguen con gran bulla
Tras la cerdosa alimaña;
Pero ella se da tal maña
Que a todos los aturrulla;

Y aunque gastan todo el día
En paradas, idas, vueltas,
Y carreras y revueltas,
Es vana tanta porfía.

---

* José Manuel Marroquín, *Obras escogidas* (Bogotá: Imprenta y Librería de "El tradicionista", 1875), pp. 20-21.

Ahora que los lectores
Han visto de qué manera
Pudo burlarse la fiera
De los tales cazadores,

Oigan lo que aconteció,
Y aunque es suceso que admira,
No piensen, no, que es mentira,
Que lo cuenta quien lo vio:

Al pie de uno de los cerros
Que batieron aquel día,
Una viejilla vivía,
Que oyó latir a los perros;

Y con gana de saber
En qué paraba la fiesta,
Iba subiendo la cuesta
A eso del anochecer;

Con ella iba una perrilla…
Mas, sin pasar adelante,
Es preciso que un instante
Gastemos en describilla:

Perra de canes decana
Y entre perras protoperra,
Pasaba en toda su tierra
Por perra antediluviana;

Flaco era el animalejo,
El más flaco de los canes,
Era el rastro, eran los manes
De un cuasi-semi-ex-gozquejo;

Sarnosa era… digo mal,
No era una perra sarnosa,
Era una sarna perrosa
Y en figura de animal;

Era, otrosí, derrengada;
La derribaba un resuello,
Puede decirse que aquello
No era perra ni era nada.

A ver, pues, la batahola
La vieja al cerro subía,
De la perra en compañía,
Que era lo mismo que ir sola.

Por donde iba, hizo la suerte
Que se hubiese el jabalí
Ocultado, por si así
Se libraba de la muerte;

Empero, sintiendo luego
Que por ahí andaba gente,
Tuvo por cosa prudente
Tomar las de Villadiego.

La vieja entonces, al ver
Que escapaba por la loma,
¡Sús!, dijo por pura broma,
Y la perra echó a correr.

Y aquella perra extenuada,
Sombra de perra que fue,
De la cual se dijo que
No era perra ni era nada,

Aquella perrilla, sí,
Cosa es de volverse loco,
No pudo coger tampoco
Al maldito jabalí.

Baldomero Sanín Cano, espíritu de la crítica*

Gonzalo Cataño

1

Baldomero Sanín Cano conoció dos siglos. En 1899 tenía 38 años y en 1957 –cuando sus amigos lloraban su desaparición– se acercaba a los 96. Escribió mucho a finales del siglo xix y bastante en el xx. Los colombianos lo recuerdan como el escritor *par excellence,* aunque no siempre están seguros del contenido y alcance de sus textos ni del campo en el cual desarrolló sus afanes culturales. Fue compañero de varias generaciones de escritores y a varias de ellas orientó, educó y sirvió de ejemplo en las ondulantes sendas de la vida intelectual. Vivió en España, Inglaterra, Suiza y Argentina, y alcanzó a leer en alemán, danés, francés, inglés, portugués e italiano. De todos estos lenguajes el más próximo fue el inglés, idioma que palpita en su toque irónico, en la transparencia de la frase y en la bravura contenida de su prosa[1].

---

* Gonzalo Cataño, *Crítica sociológica y otros ensayos* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2000).

1 Esta familiaridad con el inglés iba más allá del dominio de la lengua. El nove-

Sanín publicó una gramática española en inglés, un diccionario bilingüe, un boceto de la literatura colombiana, un balance del Quinquenio, traducciones, prólogos, relatos y artículos periodísticos[2], pero sobre todo ensayos, y tantos que todavía no se tiene una estadística segura de su número. Nunca, que se tenga noticia, se aventuró por los caminos de la novela, la poesía o el teatro. La prosa en los marcos del género de Montaigne fue su elemento y aunque publicó libros que pueden parecer orgánicos, un clima permanente de tanteo y búsqueda acompañó su aventura intelectual. Sus temas abarcaron el arte, la política, la historia, la filosofía, la literatura, los asuntos del lenguaje y los problemas sociales (las materias económicas, salvo ligeros escarceos periodísticos, le fueron ajenas). Y todo esto como *dilettante,* como autodidacta y hombre ilustrado que deseaba registrar la cultura en sus más diversas manifestaciones. Su campo profesional más estable fue, sin embargo, el estudio de las letras, y aquí no hay duda en calificarlo de iniciador de la crítica moderna en Colombia[3].

Sus maestros se encuentran en el siglo xix. Los franceses Sainte-Beuve e Hippolyte Taine y la síntesis de sus métodos

---

lista Christopher Isherwood, que lo frecuentó en su visita a Colombia en 1947, apuntó que Sanín tenía un porte británico: "Con sus fuertes rasgos de *bulldog* y su bastón, me recuerda a un terrateniente inglés". En sus encuentros con Isherwood –tanto en Bogotá como en Popayán– Sanín le confesó que su larga estancia en Inglaterra antes y después de la primera guerra mundial, "fueron los días más felices de mi vida". Ver C. Isherwood, *El cóndor y las vacas* (Bogotá: Banco de la República, 1994), p. 102.

2 Publicados por la Universidad Externado de Colombia en seis gruesos tomos con el título de *Ideologías y cultura* (Bogotá, 1998-2002).

3 David Jiménez P., *Historia de la crítica literaria en Colombia* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1992), segunda parte.

y enfoques hecha por el danés Georges Brandes y el inglés James Fitzmaurice-Kelly a quienes conoció personalmente. Biografía, personalidad, época y logros estéticos están presentes en sus mejores ensayos. Si el arte posee su propia especificidad, el cabal discernimiento de su naturaleza sólo se alcanza tornando la mirada sobre la época, las influencias y las experiencias individuales de los creadores. A su juicio, un análisis comprensivo de las obras artísticas debía partir de la integración de estos elementos, pues todo escritor consciente o inconscientemente pone la totalidad de su ser o parte de él en los productos de su imaginación.

2

Sanín meditó una y otra vez sobre la naturaleza de la crítica literaria y sus dificultades en Colombia. La consideraba un campo intelectual autónomo con reglas y métodos particulares de trabajo. Siguiendo a Brandes manifestó que la tarea cotidiana del crítico era llamar la atención del público sobre un autor no leído todavía. Su empeño debe dirigirse a los pensamientos y a las expresiones más sobresalientes de su obra a fin de que el lector pueda formarse una idea del sentido de los esfuerzos intelectuales del creador en cuestión[4]. Su obje-

4 Jorge Brandes, *Nietzsche: un estudio sobre el radicalismo aristocrático* (Buenos Aires: Tor, 1933), p. 42. Exposiciones de Sanín sobre las condiciones de la crítica, se encuentran en el prólogo a *Ideas y comentarios* de Fernando de la Vega (Bogotá: Cromos, 1927), en la nota introductoria a *Crítica y arte* (Bogotá: Librería Nueva, 1932) y en la conferencia sobre Brandes incluida en *Indagaciones e imágenes* (Bogotá: Ediciones Colombia, 1926), lo mismo que en los ensayos "Ocaso de la crítica" y "La crítica en Colombia" compilados en *El oficio del lector* (¿Cali? Biblioteca Ayacucho, ¿1978?).

tivo esencial era comprender y explicar: investigar orígenes, explorar influencias, examinar ideas, apuntar vacíos y fijar estilos y escuelas literarias. Y ya que debe juzgar, la formación del crítico requiere "una preparación más dilatada y una información más extensa que cualquier otra disciplina de las gentiles que caen dentro del recinto literario". Su adecuado ejercicio exige cultura histórica, pericia filológica y competencia en lenguas extranjeras, además de una familiaridad con las obras maestras de la literatura y un conocimiento riguroso de las tradiciones literarias nacionales de mayor influjo. El conocimiento preciso de una literatura y de un escritor, reclaman el dominio de la lengua que les sirve de expresión. Aquí el lenguaje lo es todo, es el cimiento sobre el cual se erige el tono de un pensamiento. Esta espigada formación conduce al "buen gusto", una noción algo frágil que usaba para aludir a las dotes del crítico –innatas o adquiridas– para degustar las creaciones del espíritu y fomentar el culto a la belleza. Sanín llenó a satisfacción estos requerimientos, pero en su país halló una crítica torpe que se movía entre el vituperio y la alabanza dirigida a arrojar libros y autores al ostracismo o a deificar obras para mantener pontificados estéticos.

Si estas eran las demandas generales, el cultivo del oficio tenía en Sanín unos énfasis particulares. Su aproximación a los textos literarios era abierta y ajena a la preceptiva. El crítico era un analista, no un censor ni un clasificador de mercaderías. Además, nada estaba más lejos de su mirada que el aliento de sistema y la defensa de marcos de referencia cerrados que fijaran las manifestaciones del espíritu. A diferencia de Taine que partía de un esquema fijo (raza, medio y momento) para interpretar las obras, Sanín centraba sus intereses analíticos en los libros y en sus progenitores. Observaba el exterior desde el interior. Si el francés y sus seguidores explicaban la

cultura por el entorno, el colombiano iniciaba su labor con el escrutinio de los productos artísticos para dar cuenta del autor y del ambiente que lo rodeaba. Esto le confirió fluidez a sus análisis y un respeto por la singularidad, siempre en peligro de perderse cuando el estudio se deduce de teorías previamente formuladas. Con la elección de este camino, evadió, por un lado, el sociologismo estrecho que sólo ve en el arte expresiones sociales, y, por el otro, el formalismo empinado que se limita a registrar estilos autónomos sin rastreo alguno de las angustias de los escritores[5].

En medio de esta tensión esencial se mueven sus mejores ensayos literarios. Es verdad que una obra de arte es un objeto que existe por sí mismo y con independencia del mundo exterior. Ha sido creada por hombres y mujeres en condiciones personales, sociales y culturales específicas, pero una vez salida de sus manos tiene existencia propia. Sanín sabía que se la podía explicar aludiendo a las formas artísticas dominantes en las cuales se inscribe, pero también era consciente de que sólo cobraba vida cuando se las relaciona con

5 Este equilibrio, nada fácil de alcanzar, y que muchas veces depende de la información que se tiene a mano, es significativo no sólo para la crítica literaria, sino para la historia de las ideas en general. Los historiadores de las ciencias naturales, y de las ciencias sociales, son muy dados a subrayar los medios institucionales que condicionan el trabajo profesional de un pensador o a acentuar las tradiciones intelectuales que permiten un análisis interno de las ideas (aquellas que se refieren a las hipótesis, las teorías o los conceptos), con olvido de los rasgos particulares del pensador objeto de estudio. En los últimos años, sin embargo, la psicohistoria, la aplicación del psicoanálisis al examen del pasado, ha contribuido a tornar una vez más la mirada sobre los rasgos individuales de los pensadores. Esta preocupación ha hecho que lo que ayer fuera una mera intuición defendida por unos pocos analistas del campo de las humanidades, sea hoy una inquietud sistemática dirigida a enriquecer los estudios culturales.

las particularidades de su progenitor. De la misma manera que los efectos cargan con los ingredientes de las causas, los signos vitales del creador contribuyen a la comprensión de la obra de arte. Y esta marca sólo se hace perceptible cuando se descifra la atmósfera que respira el escritor, esto es, las ideas, corrientes y tradiciones espirituales que asediaron su trabajo en un momento determinado.

Aquí es donde surge en todo su esplendor el oficio del crítico. La delicada labor de tejer impulsos y motivaciones en los productos estéticos es un trabajo laborioso no menos creativo que el de la novela, el drama o la lírica. El crítico no es un científico social, pero sí un virtuoso que describe y relaciona hechos para recrear la vida en las obras de arte. Está por fuera de la ciencia pero emplea sus recursos. Es un artífice que toma prestado de la lingüística y la filología, de la historia y la sociología elementos para comprender el sentido de las creaciones humanas. En un texto de sabor autobiográfico el propio Sanín resumió las sendas de su artesanía intelectual:

Mi capacidad juzgadora es tardía. Otros críticos leen por la mañana un libro y a la noche tienen listo el artículo de análisis para ilustrar al público al día siguiente. En mi caso la formación de un concepto preciso acerca de la obra exige una maduración de muchos días auxiliada por la comparación del libro recién aparecido con otros de más antigua data debidos a la misma persona, y auxiliada dicha maduración sobre todo con datos relativos a la vida del autor. *Estudiando un libro me interesa menos el producto que la persona del autor* y si en las páginas de esa obra no puedo hallar todo el individuo mental que busco, he de rastrear en otra parte los rasgos de su persona moral. [Y todo esto] porque aún sin quererlo, los artistas malos, buenos y mediocres no hicieron ni hacen otra cosa, voluntariamente o sin saberlo, que poner más o

menos al desnudo, delante del público, su fuerte o lánguida, su brillante u opaca mentalidad[6].

La crítica debe, sin duda, llenar otros requisitos además del manejo severo de información respecto de la obra, de su hacedor y de su entorno. Si quiere ocupar un lugar en el mundo de las letras, no puede olvidar su parentesco con la estética, la potestad de lo bello. Junto a la intuición y la capacidad persuasiva de revivir en los libros al autor que los ha escrito, debe ostentar un estilo de absoluta claridad, proporcionado, "capaz de reflejar la vida". Y aquí Sanín fue un maestro. El tono de su exposición es ponderado y discreto y su prosa fina, sutil y elegante. En sus ensayos campea la frase ingeniosa y concisa, siempre sensible a los matices y lo suficientemente elástica para registrar con soltura las ambigüedades del arte y las ambivalencias de la conducta humana. Entendía que si los críticos "brillan en las historias de la literatura, si encantan a las generaciones de su tiempo o a las que le siguen, es porque poseen la sensibilidad de los poetas, la imaginación de los novelistas [y] las gracias de estilo del buen escritor". Todo esto lo encontraba en sus héroes, en Sainte-Beuve, en Brandes, en Fitzmaurice-Kelly. Tenían la preparación del crítico: dominio de las grandes tradiciones literarias, manejo de lenguas antiguas y modernas, gusto firme, voluntad de saber y delicada sensibilidad esculpida en una tenaz y persistente capacidad de trabajo.

En Colombia no encontraba nada de esto. Lo que en el país pasaba por crítica era la afirmación exacerbada, demoledora e incendiaria de gustos, opiniones y puntos de vista.

---

6 B. Sanín Cano, *Crítica y arte,* ed. cit., pp. 10-11 y 14-15 (los subrayados son nuestros).

A ello se sumaba una inclinación polémica que nublaba el propósito del estudio de la literatura: comprender. Para Sanín la polémica era "el ejercicio deformado de la crítica", la pendencia en desmedro del entendimiento (una opción más apropiada para el apostolado y la defensa de causas religiosas y políticas que para el conocimiento de lo complejos asuntos de la cultura). Además, la falta de una formación humanística –un conocimiento seguro de la historia social, de las grandes literaturas del pasado, del pensamiento clásico y de las lenguas antiguas y modernas–, impedía un acercamiento competente a las obras, a las corrientes literarias y a los escritores de diversas épocas. Estas contrariedades se resumían en la ausencia de una tradición crítica; en Colombia no se había entendido aún que "la crítica no es propiamente una actividad sino un acervo de conocimientos, una disciplina, un cúmulo de ideas y sentimientos transmitido por una generación a otras". Muchas de las fatigas de Sanín se dirigieron a sentar las bases de esta tradición, labor que sabía que se tomaba su tiempo y que sólo se afianzaba después de un trabajo continuo de absorción y síntesis. Había que obrar sobre grupos dedicados a la asimilación de las experiencias dejadas por los grandes analistas de otras naciones. Allí estaban los ejemplos de Matthew Arnold y George Saintsbury en Inglaterra o los de Taine, Jules Lemaître y Émile Faguet en Francia. Había que apropiarse de sus mejores lecciones. En su momento no sólo encarnaron lo mejor del oficio, sino que ayudaron a consolidar la crítica como un campo de la cultura superior con iguales merecimientos al de las demás manifestaciones de las *belles-lettres*.

3

Los ejemplos más logrados del magisterio crítico de Sanín se encuentran diseminados en siete libros de endeble compilación publicados entre 1925 y 1955: *La civilización manual, Indagaciones e imágenes, Crítica y arte, Divagaciones filológicas, Ensayos, De mi vida y otras vidas* y *El humanismo y el progreso del hombre.* En conjunto suman 169 ensayos donde se habla de escritores, pensadores, ensayistas, críticos, historiadores y asuntos del lenguaje. En 1949 publicó en Buenos Aires *Tipos, obras, ideas,* una antología personal que contiene lo mejor de lo mejor de aquel centenar y medio de escritos. Su vocación era la recensión de la literatura europea de su tiempo, sin descuidar algunas manifestaciones de la colombiana y de la latinoamericana, especialmente de Argentina. A su país le dedicó las animadas *Letras colombianas* (1944), un discreto volumen donde pasó revista a los escritores de la Colonia, el siglo XIX y las primeras décadas del XX.

¿Cumplió Sanín con su cometido crítico? No cabe duda de que en sus ensayos de mayor arrojo abundan las percepciones agudas acerca del entorno de un autor, la delicadeza de su arte y las peculiaridades de su personalidad. En ellos hace gala de amplios conocimientos filológicos e históricos y la distinción de su prosa no se queda atrás del garbo de la escritura de las obras analizadas. Muestra, además, gran habilidad para descubrir que un libro es el producto de una inteligencia y que de una atenta lectura de sus páginas se pueden determinar las experiencias y las cualidades del carácter de la persona que lo produjo. Evitó la polémica, y cuando no pudo eludirla, la sujetó a la mesura de la expresión, a la ironía tenue o al uso controlado de la metáfora, aquel familiar recurso de la comparación encapsulada. Pero en la mayoría de los casos sus

ensayos son demasiado cortos y periodísticos para desarrollar de manera persuasiva y con la extensión requerida, las tradiciones, las ideas, el entorno y las contribuciones particulares de un escritor. Se echa de menos que no se haya aventurado por las sendas del libro o del ensayo de alguna extensión que le hubieran permitido un examen más detenido de las múltiples dimensiones consignadas en su estrategia analítica. Muchos de sus ensayos son tan breves que apenas superan el artículo enunciativo, dejando en la mente de los lectores la efímera sensación de un fugaz regocijo estilístico. Nunca logró estudiar con detenimiento un autor, una corriente de pensamiento o el desarrollo específico de una escuela literaria. Donde más se acercó a este ideal fue cuando aludió al modernismo, pero una vez más lo traicionó la dispersión; no lo trató en un trabajo específico sino en una serie de escritos separados y redactados en diversas épocas que los estudiosos deben esforzarse por integrar por su cuenta. La forma más suelta del ensayo –la de la sugerencia y planteo– rondó sus esfuerzos más acabados para dejar a otros la plena realización de su proyecto intelectual. Esta marca dejó su huella en un lenguaje impersonal ajeno al vigor y la contundencia. Siguió a Nietzsche, otro de sus maestros a distancia, en la flexibilidad y musicalidad del idioma, pero tendió a eludirlo cuando se hizo necesario escribir con *fuerza* para marcar la ruptura con un pasado hostigante. Nunca se hubiera sentido capaz de decir algo parecido a aquello de que a Goethe "lo aventajo en lo severo y viril de la línea". Esto era demasiado para un talante apacible que veía en los énfasis y en las afirmaciones categóricas algo chocante y extraño al arte[7].

7 En su famosa carta a Erwin Rohde del 22 de febrero de 1884, Nietzsche escribió: "Con mi Zarathustra creo haber llevado el idioma alemán a su perfección.

En su juventud, sin embargo, no le faltaron arrestos para la declaración tajante y la disección apasionada. En 1888, cuando contaba 27 años de edad, publicó un folleto –*Núñez, poeta*– cuyo epígrafe, tomado de *La campana* de Schiller, "De racional el título se borre/ al que nunca en sus obras ha pensado", anunciaba el tono de la crítica[8]. Era un ensayo de estilo descuidado y algo caótico, pero el lenguaje indómito y cierta novedad de pensamiento salvaban los yerros de juventud. Sus páginas portan el clamor de la denuncia y mezclan los asuntos estéticos con los políticos: "los defectos de que adolece el señor Núñez como poeta son en número superiores al de las arenas del mar y apenas comparables con los que resultan de su persona moral". Sanín enjuició la forma y el contenido de los cantos del poeta-presidente. Encontró pesadas y artificiosas sus estrofas de seis versos endecasílabos, el metro "en que se ensayan los primerizos". En sus ritmos acanallados, donde abundaban las "rimas proletarias" que tanto gustaban a los oídos fáciles, los sonidos surgían en tropel hasta agobiar al lector más dedicado. "Es tan fuerte la repetición de los acentos y tan retumbante el martilleo de las consonancias, que parece imposible leer con paciencia una composición

---

Fíjate bien y dime si alguna vez has visto tan unidas en nuestro idioma la fuerza, la flexibilidad y la musicalidad… [A Goethe por ejemplo] lo aventajo en lo severo y viril de la línea" (el énfasis es nuestro). *Literatura epistolar,* selección de Ricardo Baeza y Alfonso Reyes (Buenos Aires: Jackson, 1952), p. 326. Para otra traducción, ver Federico Nietzsche, *Correspondencia* (Madrid: Aguilar, 1951), p. 275. Sobre la escritura de Sanín, ver Rafael Maya, *Los orígenes del modernismo en Colombia* (Bogotá: Biblioteca de Autores Contemporáneos, 1961), cap. 1.

8 Publicado nuevamente en B. Sanín Cano, *El oficio del lector*, ed. cit., pp. 16-34. Para guardarse de las iras de los seguidores del vate-presidente en una época de profundas tensiones políticas, Sanín difundió su ensayo con el seudónimo de *Brake* ("freno" en inglés).

larga vaciada en tales turquesas". A continuación examinó la ausencia de autenticidad de la poesía del Regenerador tejida –a su juicio– en un pseudo escepticismo que escondía la simulación más grosera. Simple pose para atraer la atención de la juventud; lo que allí aparecía fruto de la duda, era sólo un manto que cubría convicciones profundas. El "trovador de la Reforma Política" no vacilaba; había, por el contrario, entregado su ánimo a la Iglesia y a su cabeza más visible, la Santa Sede. Además, el "amado Presidente" era tan voluble como la multitud que lo aplaudía. Ayer era un librepensador y un adalid del progreso y hoy un regenerador de "vastos planes reaccionarios" que entregaba su alma al presbiterio. Al Núñez traductor no le fue mejor. Sanín se detuvo en sus versiones de Heine y Schiller, posiblemente tomadas del francés, para encontrar que sus traslados se hallaban lejos del ritmo de los dos poetas tudescos. En sus versiones sólo vio ripio: palabras vacías para llenar versos y estrofas. Y al final le aconsejó al "vate pseudoescéptico" que "no tradujese sino algunas coplas suyas, para saber si lo que dicen es una cosa u otra"[9].

9 Como era de esperar, los acentos de Sanín inquietaron a los amigos de Núñez y su seudónimo resultó un antifaz demasiado frágil para salvaguardar el anonimato. El medio intelectual de la capital era muy reducido para pasar desapercibido, sobre todo cuando se injuriaba al Presidente de la República. *El Orden,* un periódico conservador de Bogotá, publicó en julio y agosto de 1889 una serie de "Cartas abiertas a Brake" salidas de la pluma de Miguel Antonio Caro, donde se examinaba con minucia el ensayo de "treinta y ocho páginas de pequeño formato y en letra gorda" de Brake-Sanín. (Estas cartas se pueden consultar ahora en la edición de las *Obras completas* de Caro bajo la dirección de su hijo Víctor E. Caro y Antonio Gómez Restrepo, Bogotá, Imprenta Nacional, 1923, tomo IV, pp. 175-203). Las misivas de Caro también llevaban seudónimo, un humilde y sencillo *Manuel*. Era la mascarilla de un autor consagrado para polemizar con mayor libertad con un novicio que ponía en cuestión los logros poéticos del Presidente y los del mismo Caro. Brake había publicado por aquellos días (en

Sanín volvió sobre Núñez 56 años después. En el lenguaje contenido y más tolerante de las *Letras colombianas* tornó la mirada sobre su poesía y su prosa. Aplaudió esta última por la vivacidad de la frase y la reflexiva doctrina política que transmiten algunos de sus ensayos, pero no se olvidó de registrar la recriminación, el hábil disimulo y la astucia que esconden algunos de ellos. En cuanto a sus transportes poéticos, insistió una vez más en las "estrofas de singular dureza y en sus rimas insonoras y poco escogidas". Su contenido era inapropiado; Núñez se acercaba a las dudas de los filósofos con un vocabulario y unas imágenes demasiado simples para expresar meditaciones complejas. Además, sus figuras eran limitadas y poco elaboradas para llenar a satisfacción las exigencias del arte poético. Era claro que el tono de Sanín se había transformado y su capacidad analítica había cobrado mayores niveles de comprensión lejos del agravio. Con Sainte-Beuve, de quien Nietzsche decía que era un maestro de maledicencia, "nadie entiende mejor que él de mezclar veneno en la alabanza", había aprendido a "conocer al hombre [para] lastimarlo sin herirlo"[10].

El Trabajo de Medellín de junio 13 de 1889) una crítica bastante dura de las *Traducciones poéticas* de Caro difundidas por la Librería Americana de Bogotá a comienzos de 1889, que parecen haberlo irritado tanto o más que la diatriba contra Núñez. Sanín no respondió a las réplicas de *Manuel*, pero en una carta pública a Rafael Uribe Uribe (impresa en las hojas de *El Telegrama* de Bogotá el 26 de noviembre de 1891), lo llamó "cobarde" y "embustero".

10 B. Sanín Cano, *Ensayos* (Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942), p. 111. La valoración nietzscheana de Sainte-Beuve se encuentra en las "Incursiones de un intempestivo" de *El crepúsculo de los ídolos,* uno de los libros del pensador alemán más queridos por Sanín.

4

En sentido riguroso, Sanín no escribió un libro. Sus intentos de organizar una obra de carácter orgánico siempre fracasaron. *De mi vida y otras vidas* (1949), calificada por algunos analistas como su autobiografía, es sólo un conjunto de trazos de algunos y muy dispersos momentos de su vida. La *Administración Reyes,* un tomo de 400 páginas de notable interés para los historiadores, es quizá lo que más se asemeja a un texto compacto, pero Sanín no parece haberlo tenido en mayor estima. Lo consideraba un testimonio ajeno y de ocasión, un mero informe de labores de gobierno de los años del Quinquenio redactado con la ayuda del expresidente Rafael Reyes en la Ginebra de 1909.

Esta apatía por el sistema y el compendio se extendió a su estudiada indiferencia por la suerte misma de su legado. Los variados tomos que recogen algunos de sus ensayos, fueron compilados por sus amigos y no siempre siguen un orden diferente al de la mera suma aritmética. Redactaba un ensayo, lo publicaba y después lo olvidaba. A ello se añadía un escepticismo, éste sí auténtico, que rondaba su ánimo y sus escritos. "Todas las filosofías –respondió en una ocasión– me parecen plausibles del punto de vista de sus autores". Como su amado Nietzsche, consideraba toda voluntad de sistema una falta de honestidad. Sólo la devoción a la belleza parecía conferir sentido a su vida, razón por la cual juzgaba la fealdad contraria a todo principio moral[11].

11 Respuesta a una encuesta promovida por su amigo Luis López de Mesa acerca "del principio filosófico que mayor influencia ha ejercido en su espíritu". L. López de Mesa, *Introducción a la historia de la cultura en Colombia* (Bogotá: s. n., 1930), p. 152. De nuevo *El crepúsculo de los ídolos* sirvió aquí de guía: "desconfío

En estas elecciones quizá residan la fuerza y fragilidad de su obra. No obstante el placer de su escritura, algunos de sus trabajos se resienten del exclusivo deleite que se olvida del contenido. Es el juego de la exposición por la exposición misma. Es cierto que la renuencia a lo concluyente contribuye a derribar los optimismos infundados –tan frecuentes en los entusiastas mejoradores de la humanidad de nuestros días–, pero también lo es que dejan ver las vacilaciones ante las acciones humanas. Sus posturas son a veces tan indecisas, que el lector echa de menos la falta de arrojo y osadía de sus críticas. Si uno de sus ideales era buscar en la obra al hombre que la ha escrito, los textos de Sanín son el mejor retrato de las agonías de un pensador que tras el tono de una elegante moderación en la escritura, refrenaba los ímpetus que le reclamaban explicaciones decididas.

---

de todos los sistemáticos y me aparto de su camino. La voluntad de sistema es una falta de honestidad" (aforismo 26 de la sección "Sentencias y flechas").

Libros de B. Sanín Cano publicados por el Externado

2010 *Indagaciones e imágenes*, 190 p.

2006 *Revista Contemporánea, 1904-1905* dirigida por B. Sanín Cano, 757 p.

2001 *Tipos, obras, ideas*, 277 p.

1998-2002 *Ideologías y cultura: editoriales de* El Tiempo, 6 vols., 2.844 p.

Editado por el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en el mes de julio de 2011

Se compuso en caracteres Adobe Caslon de 12 ptos.
y se imprimió sobre propalbond de 70 gramos
Bogotá (Colombia)

Externado
125 años de educación para la libertad
de cara al futuro